

existencia habitual. Quizás el recuerdo de aquella noche le causó un remordimiento. Como quiera que sea, al otro día me envió á mi casa, por conducto del marido de Ana, su retrato, pero cual no era á la sazón, sino á la edad de diez y seis años, á la edad de todas las promesas de su hermosura, de su talento y de su corazón. Le agradecí la fineza, único regalo que de él he recibido; verdad es que entonces no hubiera aceptado yo otra cosa.

La señora de Parabere, al verme llegar, sólo pronunció estas palabras:

— Me lo figuré.

La marquesa estaba todavía acostada, por supuesto; pero obedeciendo su servidumbre á una orden previa, me introdujeron en su dormitorio.

Sin interrumpirme y sin pestañear, escuchó la señora de Parabere mi odisea, que se la conté en la inteligencia de causarle la más profunda sorpresa.

— Ya, ya sé—me contestó.—El duque tiene esas aspiraciones al bien, que dan lástima cuando una ve como recae. En verdad, los que han echado á perder á ese hombre son grandemente culpados, y espero que Dios enviará al ruin Dubois á todos los diablos y por toda la eternidad, por semejante abominación.

— ¡Qué! ¿V. también lo ha visto así?—pregunté.

— Yo y otras muchas. A eso llaman sus rejuvenecimientos.

Al oír estas palabras, me sentí profundamente humillada, lo confieso; hábiame dado á entender que era yo la única favorecida con aquel espectáculo, cuando mi único favor había sido el *Retiro*, y aun ¿quién sabe?

## LI

La señora de Parabere me proporcionó el modo de regresar á mi casa sin llamar la atención; quiero decir, que me hizo acompañar por un anciano caballero simplón á quien tenía recogido por caridad, y que sólo servía para inspirar respeto.

Por otra parte, mi prima apenas me veía; mi vida no era de su agrado, y como no quería ser de ella responsable, esperaba con impaciencia á mi marido para rogarle que me llevase á otra casa.

Yo sabía que el señor del Deffand tardaría en regresar, y siéndome sumamente desagradable vivir en aquel convento, fui la primera en escribir á mi marido, diciéndole que estaba decidida á tomar domicilio propio.

Mis amigos me habían descubierto una casita bastante agradable, situada en retirado barrio y sin la pejuquera de vecinos. Como conservase yo todavía el don de la vista, no viviría en la que vivo, á causa de esto. ¡Pero una ciega! todo el mundo la mira doquiera que esté. Por otra parte, ya nada tengo que ocultar.

Aquel día dormí algunas horas, y cuando, á la primera de la tarde, me levanté, y apenas me hube vestido, anunciáronme á la condesa Alejandra de Tencin, de quien he dicho ya algunas palabras, y á la cual visitaba yo bastante á menudo, con no serme simpática, como no lo era á cuantos la conocían.

La señora de Tencin, hermana de la de Feriol, como es sabido, se parecía mucho á ésta en el carácter, pero no en hermosura y en talento, que eran de

otro orden. La condesa Alejandra ocupaba en la sociedad un lugar muy distinguido, imperaba en ella, mas no era querida ni estimada, como ya he dicho. Su malignidad, el modo superior con que regía su vida y la de su hermano, el cardenal arzobispo de Li6n, su destreza y sus intrigas, hacíanla temible en todas partes. Yo no la buscaba, pero noté que quería hacerme hablar para mejor dirigir su barca al través de los escollos.

Sabía la señora de Tencín que yo tenía mucho influjo en el Palacio Real y en Sceaux, las dos potencias de aquel entonces, y desde aquel punto me trató con gran consideración. En un momento de apuro podía yo serle útil.

¿Había la condesa Alejandra descubierto lo del Retiro, ú olfateado que podría obtener algún favor? No lo sé; pero sí sé decir que estuvo atentísima. Yo no me quedé en zaga, y ambas hicimos un verdadero derroche de ingenio.

Pues la señora de Tencín se ha venido otra vez á los puntos de mi pluma, no la suelto más, y á ella le toca ahora ocupar el banquillo, en el que hará buena figura, pues pocas existencias fueron tan borrascosas como la suya. La conozco de buen origen, por boca de Argental y Pont-de-Veyle, sobrinos de la condesa, que fueron y son amigos míos pronto hará setenta años, período de tiempo durante el cual puede hablarse largo y tendido.

Luisa Alejandra de Tencín había venido al mundo con las más seductivas cualidades y los más abominables defectos que Dios pueda dar á una de sus criaturas. Era hermosa, proporcionada, de inteligencia clarísima, y sabía moverse á todos vientos é identificarse con la persona á la cual se dirigía, lo que le atrajo tantos partidarios como oyentes. Hija menor, destináronla al claustro, y en edad aun muy tierna

la pusieron en el convento de Montfleury, próximo á Grénoble; pero desde el primer día alentó la inquebrantable resolución, la voluntad positiva de no dejarse encerrar. Alejandra se despepitaba por el mundo, tenía necesidad de él; ya entonces, niña, la intriga era su vida, y apenas entrada en el convento, lo trastornó de arriba abajo. Las monjas se encariñaron con ella, á lo menos las jóvenes, á causa de la singular doctrina que ella les predicó y de los recursos que halló para divertir las. Hizo representar comedias á las pensionistas y á las postulantes, y organizó tertulias á las cuales era convidada toda la provincia. El obispo, al principio un poco recalcitrante, acabó por dar su aprobación cuando Alejandra le hubo demostrado la inocencia y la necesidad de ellas para ocupar el ánimo de las jóvenes reclusas.

— Esa niña — decía en su entusiasmo el obispo — será una madre de la Iglesia, una verdadera lumbrera; todo lo sabe.

Efectivamente, Alejandra lo sabía todo, sin haber nunca aprendido gran cosa; perezosísima por los estudios, sólo hallaba actividad moviéndose. Aquel convento se transformó, ella le dió vida.

Así pasó Alejandra hasta los diez y seis años; y cierto día en que su madre fué á verla, después de la boda de su hija con el señor de Feriol, le anunció que su segunda hermana contraería también matrimonio á no tardar, y que, en cuanto á ella, tenía que disponerse á profesar dentro de tres meses.

— Señora — contestó la novicia, — no tengo ningún deseo de tomar el velo.

— Muy ambiciosa eres — dijo la madre de Alejandra; — en parte alguna hallarás una condición mejor. Antes de los veinticinco serás abadesa. ¿Qué marido te proporcionaría un estado más brillante?

— Tampoco quiero marido, señora.

— ¿Qué quieres, pues? ¿permanecer soltera?

— No, señora; lo que yo quiero es un capitulo.

— Tu padre no quiere oír hablar de eso, su resolución es definitiva. Sus dos últimos hijos pertenecerán á la Iglesia. Tu hermano y tú, que tanto os amáis, os ayudaréis mutuamente.

Alejandra no se rindió; rogó, suplicó, conjuró; todo en balde. Llegó hasta decir que se negaría á dar sus votos al altar; pero su madre se rió, y le dijo:

— ¿Qué te aprovechará pasar todos los quebrantos de la vida conventual sin disfrutar de sus beneficios?

Esto hizo reflexionar á la monjita, la cual pidió otros dos meses para meditarlo más detenidamente, pero decidida, después que se los hubieron concedido, á atropellar por todo si las reflexiones no resultaban favorables.

Alejandra, con ser muy joven, comprendía intuitivamente que á menudo es de suma importancia ganar tiempo. El diablo la protegió, llevando al convento á un joven confesor, llamado, si mal no me acuerdo, Fleuret; celoso y pío si los hay, pero tan necio como santo, lo que no es ponderarlo poco. A Alejandra le bastaron ocho días para tomarle el pulso, como suele decirse, y descubrió en él el germen de un auxiliar. Empezó la traviesa Tencin por interesar al padre, confiándole sus penas y sus luchas, y cubriéndose á sus ojos con la máscara de la hipocresía, que para él la hizo tan piadosa y tan encendida en celo como él mismo. Lo que había era que ella se lamentaba de su desventura. Su vocación no la llamaba al claustro, no podría acostumbrarse á aquella vida de egoísta; su corazón necesitaba amar en la tierra; no podía el amor de Dios llenarlo por entero.

El buen sacerdote se compadeció de ella, la admiró, la sostuvo en sus luchas, publicó en voz alta que la

hacían violencia, pero que oraba tan rendidamente é invocaba con tal vehemencia la vocación, que Dios no permanecería sordo y le concedería esta última gracia, indispensable á su dicha, pues era absolutamente preciso que tomase el velo.

Transcurridos los dos meses, Alejandra reiteró sus protestas; pero, ante la soberana voluntad de sus padres, profesó. Para otra, todo habría quedado consumado; para ella, la profesión fué únicamente una formalidad vana.

Alejandra se trazó un plan, y en virtud de él se opuso de modo que su resistencia resultase auténtica y demostrase cuán cohibida estaba y cuánto detestaba la profesión que le habían impuesto.

Con todo eso, Alejandra dió los más altos ejemplos de fervor, y llenó sus deberes de un modo capaz de edificar á sus compañeras y de hacerse alabar por su buen comportamiento. El padre Fleuret la apellidaba ángel, y decía que nada había comparable á ella en este mundo, y que los más ilustres santos del martirologio no le llegaban al tobillo.

Sin advertirlo, quererlo ni sospecharlo, aconteció que el buen padre sólo se ocupó en Alejandra, á la cual esperaba casi diariamente en el confesonario, donde recibía las declaraciones de su timorata conciencia. Acusábase aquélla de imperfecciones tan ligeras, que Fleuret la reprendía por su excesiva delicadeza. Todo la asustaba, todo le inspiraba inquietudes.

Poco á poco Alejandra se puso triste, y ayunó y se maceró el cuerpo; pero, con asombro de la comunidad, se confesaba cada vez con menos frecuencia. Nunca comulgó sin temor, y aun dejó de comulgar, y, al preguntarle por qué, respondió:

— No soy digna de recibir la visita del Salvador.

Los más expertos declararon que indudablemente

en el alma de Alejandra se libraba ruda batalla, que aquélla añoraba al mundo, y que era preciso no violentar sus escrúpulos.

En cuanto al padre Fleuret, que casi había dejado de ver á nuestra monja, acosado por el deseo de conocer la causa de aquella desaparición, cierta mañana se llegó á una capilla dedicada á la Virgen, situada en lo último del parque, y en la cual estaba orando Alejandra, que, al verlo, se estremeció y bajó la cabeza.

— Hermana mía — dijo Fleuret á la monja, — no quiero molestar á V.; pero, en la seguridad de que necesita V. de mí, me he venido.

Tras corta vacilación, Alejandra se levantó, y contestó que se encontraba muy bien, y que sólo tenía necesidad de la protección de Dios y de las oraciones de todos. Luego añadió:

— Soy imperfecta, padre mío, y esto lo sabe V. mejor que nadie; decaído mi fervor, no puedo acercarme á la sagrada mesa ni entregarme á la meditación; he de callarme, pues, y humillarme.

— Humillarse, bien, pero no callarse, al contrario, ha de hablar V., y decirme á mí qué le pasa, á mí, su confesor, encargado de conducirla al puerto de salvación. V. está apesadumbrada, algún mal pensamiento la persigue, huye V. de Dios, cuando debiera buscar amparo en él. Yo le traigo su palabra, le traigo aliento; dígalo V. todo y escúcheme.

Alejandra se hizo rogar largamente, empezó, se detuvo, y volvió á empezar para otra vez detenerse.

— ¡No puedo! ¡no puedo! — exclamó por fin.

— Voluntad, voluntad — dijo el buen sacerdote impulsado por su celo y por el incógnito sentimiento que, sin él saberlo, le henchía el corazón.

— Me es imposible, padre mío; nada [diré; pero es preciso que esto acabe, de lo contrario aca-

baría conmigo y me haría morir culpada. Escribiré á V.

— ¿Pronto?

— Esta noche misma, se lo prometo á V.; ahora hágame la merced de dejarme á solas, quiero recogerme.

El padre Fleuret, satisfecho de lo mucho que había obtenido, se retiró.

Alejandra no se mostró aquella velada; haciendo uso de la autorización que le concedieran, se había quedado en su celda ó en la capilla. Las monjas que la vieron asombráronse de su palidez y dieron por cierto que estaba enferma.

La superiora subió á ver á la joven para informarse, y, al encontrarla escribiendo, en virtud de su derecho le pidió que le mostrase la carta aquella.

— Escribo á mi confesor — contestó Alejandra.

Estas palabras atajaron toda investigación, y la joven terminó la carta, de la cual poseo yo una copia, que luego van Vds. á leer, y que les dará á conocer esencialmente á la condesa Alejandra, añadiendo sobre todo las contadas líneas que van al fin, dirigidas á su sobrino Pont-de-Veyle, que le había pedido la copia aquella.

La señora de Tencin no renunciaba á sus bajezas cuando eso no podía perjudicarla; en este punto tenía bastantes tragaderas y no se tomaba la molestia de esconderse. La opinión pública nada le importaba; lo único que sentía era que la tachasen de desmañada. Fuera de esto, que dijesen.

Véase ahora la carta:

«Mi reverendo padre: Desea V. saber qué me inquieta y me martiriza, y es mi deber decírselo; la confesión que voy á hacerle es penosa y cruel, y, con martirme, no puedo continuar callándola. Sin V., sin la

protección divina, sólo me queda morir, pues no soy digna de vivir. Mi única esperanza está en Dios y en V. ¡Ay! soy una gran pecadora, una criatura abominable; no sé cómo descubrir á V. mi corazón, ni qué afecto culpado me domina á pesar mío, á despecho de mis esfuerzos.

»Para curarme he echado mano de todos los recursos, excepto uno sólo, y este es el que de V. solicito, el que V. para mí puede obtener. Es un recurso supremo, el colmo de mis anhelos, y V. no me lo negará.

»No nací para monja, padre mío, todos lo saben. Con frecuencia ha escuchado V. la confesión de mis luchas, de mis dolores, de lo que he padecido desde que la voluntad de mis padres me condenó al claustro. De rodillas pedí, rogué y supliqué; todo en vano: mi madre se mostró sorda á mis ruegos.

»Obediente al mandato, profesé. Desde entonces se ha enseñoreado de mi cerebro un pensamiento insensato, un afecto único me domina el corazón; mis padres me arrojaron de su casa para echarme en el seno de Dios, y he dejado de amar á mis progenitores, y no es Dios á quien amo. Amo á un hombre y á ese hombre no debo amarle, pues no es libre, y, como yo, pertenece al monasterio, y, amándolo, cometo un sacrilegio.

»En vano lloro, padezco y me muero; este amor es superior á mis fuerzas y á mi voluntad. No sólo me arrastra á mi perdición, sino á mi desdicha, porque el hombre á quien amo no me corresponde ni me corresponderá nunca; es, el tal, un santo imbuído de los deberes de su ministerio, y cuya piadosa mirada está siempre fija en el cielo.

»Pues quiere V. conocer esta horrenda verdad, hela aquí, padre mío, tal como Dios la ve. El peligro es terrible, y quien puede substraerme á él es V.;

si, V. puede, si se digna pensar en mis sufrimientos y en sus consecuencias.

»Es indispensable, forzoso, que yo salga de este monasterio, pena de perderme en esta vida y condenarme en la otra. Si lo anima á V. el celo de la casa del Señor, me arrancará V. á mi tormento, me restituirá al elemento en que tenía yo que vivir, y me libraré de la ignominia y de la miseria que me esperan.

»Tengo confianza en V., padre mío; le abro á V. mi alma, porque conozco la bondad de V., tan grande como su virtud; declaro á V. lo único que tal vez debía ignorar, porque de mi confesión sacará V. la voluntad necesaria á mi libertad.

»Espero y peno; si tarda V., me será imposible continuar la lucha, y sucumbiré, pero no sola. El inocente seguirá á la culpada; mi voz, suavizada por el llanto, lo atraerá. ¡Ay! mi corazón, quebrantado por mis luchas y mi desesperación, resistirá, ¿lo cree V., padre mío? Tengo diez y ocho años y soy hermosa; él no lo sabe todavía, pero lo sabrá, lo verá cuando le diré que lo amo.

»El demonio me inspira; él es quien guía mi pluma, quien me empuja hacia ese abismo, y voy infaliblemente á caer si no me tiende V. su benéfica mano. Compadézcase V. de mi dolor y de mis temores; sálveme V., y que Dios se lo pague.

»No pido volver al mundo; se abrirá un capítulo para recibirme; pero á lo menos no me verá condenada á este silencio, á estas paredes, á esta sepultura anticipada, y la vida me aparecerá de lejos, y oiré sus rumores, si no puedo lanzarme al torbellino que me arrebató y me embriaga. Después... quizás olvidaré.»

Debajo de las transcritas líneas, había estas otras, trazadas por la canonesa:

«Ya tú comprenderás, mi querido sobrino, que de todo eso no pensaba yo palabra, á lo menos tocante á él, y que si me aguijaba el deseo de reingresar en la sociedad, un cleriguillo cazcarriente como aquél podía á lo sumo servirme de instrumento.»

Siempre me inspiró una repulsión irrefragable aquella mujer ruin. No soy devota ni podría serlo aunque quisiera, viviendo entre quienes vivo, los cuales no consentirían que se me acercase un cura, ni aun en el convento en que habito, más que para hablar de futilidades.

Pues bien, á menudo me dan impulsos de substraerme á sus burlas, de volver al seno de la religión en que nací y á la que mi madre y mi tía han servido con tanto fervor. No quiero morir como pagana; á la muerte sólo la desarma la mano divina, que trae la esperanza y desprende suavemente de los bienes de esta vida. He visto morir á Aissé, que está en el cielo; he visto morir á malvados y á impíos, que están en el infierno, y no quiero ir como ellos.

La señora de Tencin era hábil, y dicen que también pasó terrores. Los más famosos filósofos los pasan. ¿No comulgó Voltaire cuando lo asustaron con los demonios, sus cuernos y sus rabos?

## LII

Fácil es figurarse el terror del buen Fleuret, tan timorato y tan pusilánimé, al leer la carta de marras. No comprendió á punto fijo que se trataba de él, con ser la epístola tanto más clara cuanto la Tencin no veía á otro hombre que al sacristán ó al obispo

de Grenoble, más que octogenario. Fleuret se estremió de arriba abajo; porque, al considerar en su corazón, descubrió que si él no se había anticipado ya á aquel amor culpado, estaba no dos dedos de compartirlo.

Tal efecto produjo aquella carta en el ánimo de Fleuret, que éste enfermó y estuvo quince días sin presentarse en el convento. Lo primero que se le ocurrió al buen cura fué abandonar su cargo y pedir un substituto, y, en su resolución, lo confirmaron reiteradas cartas del mismo jaez; porque ya es sabido que «al peligro con tiento, y al remedio con tiempo». Luego imaginó que su conciencia no le permitía dejar en la comunidad una oveja corrompida que podría no solamente perderse á sí, pero también comprometer á las demás; la cual oveja solicitaba salir del claustro por habersele hecho tomar á la fuerza el velo, como él sabía, y de lo cual podía dar fe á sus superiores eclesiásticos sin faltar al secreto de la confesión, pues ella se lo había dicho y repetido mil veces.

Tras madura reflexión, el padre Fleuret se decidió y empezó sus gestiones.

No quería otra cosa Alejandra, á quien el cura visitó una vez para comunicárselo.

Fleuret se trasladó á Grenoble, y juró que no regresaría á Montfleury sin antes haber salido Alejandra del convento.

El obispo, santo varón, bonazo y todavía de muy claro juicio, á pesar de la carga de los años, y que hacía treinta residía en su obispado y conocía á todas sus ovejas, escuchó las reclamaciones del padre Fleuret, y fué personalmente á interrogar á la señorita Tencin. Después de haber visto y escuchado á Alejandra, el prelado comprendió que la vocación de la joven la llamaba á otra parte, que sería una mala monja, y que quizá sería ocasión de escándalo para la Iglesia.

En consecuencia tomó á su cargo obtener su mudanza de estatuto, la anulación de los votos pronunciados sólo con los labios, ó, más bien dicho, reducirlos á los elásticos votos de las canonesas, que á todo se parecen menos á la vida monástica.

En pocos meses quedó todo arreglado. Sor Agustina fué transformada en condesa Alejandra de Tencin, canonesa del capítulo de Neuville, uno de los menos solicitados de aquel tiempo.

Júzguese con qué gozo arrojó su velo la nueva condesa; la cual se despidió de sus compañeras con lágrimas y cariños, pues ya era una comedianta consumada. Alejandra encargó que en su nombre diesen las gracias y tantos recuerdos á su querido director, á quien debía la merced de no quedar por más tiempo expuesta á un sacrilegio; pero no le escribió, pues ya no necesario á sus miras, lo arrojó de sí como arrojamos lo inservible. Lo mismo que con el padre Fleuret, hizo la Tencin con los demás durante toda su vida.

Después de haber pasado algunas semanas con su familia, fué Alejandra conducida á su capítulo por su hermano, el padre Tencin. Entonces fué cuando se estableció entre los dos hermanos la gran intimidad de que tanto y tan neciamente se ha hablado. No soy indulgente para con la condesa, conozco que cometió muchos y grandes yerros; pero no puedo consentir que le atribuyan crímenes tales. Quería á su hermano, lo cual era natural; quizá sea este el único afecto loable de su vida; no se lo arrebatemos con obscenas suposiciones. Tampoco fué la madre de *Alembert*, como se lo dije repetidas veces á éste, cuando se envanece para hacerlo creer. ¡Cuán cierto es que quien dice filósofo, dice vanidoso!

La señora de Tencin tuvo muchos amantes, no lo niego; pero sí atestigo que sus hijos murieron en la cuna, y que, por consiguiente, no renegó de ellos. Va

el lector á conocer tan bien como yo, la historia de aquella mujer; luego podrá atacarla ó defenderla según le plazca, pero á lo menos con justicia.

Era, la condesa Alejandra, demasiado hábil para no guardar en su capítulo una conducta que le atraiese la benevolencia y la amistad de todos. Como en *Montfleury*, empezó por organizar diversiones, mostrándose á la par severa y no dando asidero á la crítica. No hubo canonesa que no simpatizase con ella y no cantase sus alabanzas.

El capítulo escribió á los padres de Alejandra y al obispo de *Grenoble*, que la había recomendado, al cual dió las gracias por el precioso presente, y le rogó que emplease su influjo para que la prebenda de la recién llegada alcanzase pronto el máximo de la asignación, lo que solía no conseguirse más que por la edad ó por un mérito trascendental.

No es que eso lo hubiese solicitado la señora de Tencin: no se fijaba ésta en tales pequeñeces; otros eran sus proyectos.

La condesa dejó hacer, y mostróse vivamente agradecida, con lo cual se conquistó nuevas simpatías. Ceñida á las reglas, proclamó no haber salido de su claustro para vivir más suelta, sino por no tenerse por bastante perfecta para la puntual observancia de las severas leyes de *san Agustín*, y digo eso, porque, si mal no me acuerdo, las monjas de la abadía de *Montfleury* eran agustinas.

A menudo pasaba Alejandra largas horas en la iglesia; Dios sabe lo que en ella pensaba.

La señora de Tencin no contaba pasar su vida en *Neuville*; eso no habría sido más que mudar de prisión; ella veía ante sus ojos á *París* con sus intrigas, su esplendor y sus aventuras, y era preciso llegar á *París*, y llegar como correspondía. La madre de Alejandra no la hubiera enviado á la capital, y, sobre

todo, no habría podido proporcionarle los recursos necesarios para vivir allí.

Poco á poco la condesa Alejandra se captó la voluntad de la abadesa, á quien halagó y acarició de tal suerte, que la buena mujer no pudo pasarse sin aquélla, y le otorgó toda su confianza y la nombró su secretaria, título que le daba asiento en el consejo. ¡A veinte años! esto era un triunfo nunca visto. La condesa se limitó á dar las gracias, y continuó siendo modesta, de modo que nadie se dió por ofendido, al contrario.

Así se hizo Alejandra perdonar el favor.

Tan pronto conoció de los asuntos de la secretaria, se familiarizó de tal suerte la Tencín con ellos, que los dirigió todos, queriendo su buena estrella que precisamente el capítulo estuviese en litigio con un señor vecino por ciertos privilegios á que las canonesas no se avenían á renunciar. La causa se discutía en Lión, pero también y principalmente en París, ante el consejo del rey.

La señora de Tencín pretendía que el pleito estaba mal defendido, mal presentado, y mostró cartas que probaban, como dos y dos son cuatro, que de continuar de aquella manera se perdería el pleito.

— Convendría que alguien se ocupase exclusivamente en esa causa — dijo Alejandra con timidez.

— Cierto es, pero ¿quién?

— Es difícil decirlo.

Y luego de haber dado cada una su parecer, la de Tencín añadió:

— No me explico por qué los capítulos no tienen plenipotenciarios en la corte de Su Majestad, siendo como somos algo así como potencias. Tenemos vasallos, enfiteutas, intereses graves en la corte...

— Es una idea digna de estudio.

— Se la recomiendo á V. eficazmente, señora. Figúrese V. qué importancia adquiriría el capítulo de Neuville.

— Tiene V. razón.

— Hemos de elegir á una persona capaz de representar á la señora abadesa y al capítulo, que nos honre en todas ocasiones.

— Alguna dignidad de la Iglesia.

— No, señora, una de nosotras, pues, como vulgarmente se dice: si quieres estar bien servido, sírvete tú mismo.

— ¿Cuál de nosotras?

— ¡Ah! lo ignoro.

— Muchas de nuestras damas están ausente con licencia, pero ninguna de ellas reúne las condiciones necesarias.

— La capital es la inteligencia.

— Y luego la previsión.

— Y el tacto.

— Y la hermosura, que nada echa á perder.

— Y una conducta intachable.

— Piden Vds. un modelo de perfección, señoras — profirió la abadesa.

Cada una dió su parecer y vertió su frasecilla, excepto Alejandra, la cual, tan buen punto hubo hecho la proposición, guardó el más profundo silencio y se limitó á observar.

— ¿Y V., señora condesa, no dice V. nada? ¿qué opina V.? — preguntó á la de Tencín la abadesa.

— Opino que está V. en lo cierto, señora, y que esas damas exigen una perfección imposible.

— No lo crea V. — replicó una monja anciana; — poco tendremos que andar para dar con ella.

— ¿Dónde?

— Es V., señora de Tencín.

— ¡Yo! — exclamó Alejandra, ruborizándose de



satisfacción por haber llegado al fin á la meta de sus deseos.

Las circunstancias tomaron por expresión de la modestia aquel rubor.

— Verdaderamente está en su punto la elección — prosiguió la abadesa; — pero, ¿cómo nos arreglaremos para pasarnos sin ella?

Un profundo suspiro que dió la vuelta al corro fué la única respuesta que recibió la pregunta de la superiora.

— Señoras — susurró la condesa, — me llenan ustedes de confusión, me honran demasiadamente, no soy digna...

— Es V. digna de todas las alabanzas y de todos los honores. Bueno, quedamos en que V. nos representará.

— ¿Cómo agradecer...?

Alejandra se dejó rogar durante ocho días, diciendo que para ella era un sacrificio superior á sus fuerzas, que aborrecía al mundo, y que deseaba vivir en el retiro; en una palabra, echó mano de los eflujos del orgullo y de la hipocresía, en los que se dejan prender los incautos y que siempre salen bien.

Es de ver cómo en una reunión numerosa un hombre perverso é inteligente se lleva de calles á los demás y consigue hacerse admirar. Los que obedecen á las primeras impresiones, los probos, nada adelantan en la tierra y en la sociedad actual. Lo sé por experiencia propia y por lo que he visto. En las contadas ocasiones que me he abandonado á los impulsos de mi corazón, siempre he quedado engañada, aun en mi afecto por el señor Walpole, que de uno á otro cabo del año me busca quimera, y eso porque lo quiero en demasía.

Como el señor Walpole no leerá estas líneas hasta después de mi muerte, no temo su reprensión, pues

no estaré ya en potencia de oirlo. A nadie he querido en el mundo como á él. No sentía tales inquietudes por Formont, por el presidente Henault, por Pont-de-Veyle, ni por ningún otro. ¡Viva yo, que vale la pena llegar casi á octogenaria y ciega para alentar semejantes afectos!

Volvamos á la señora de Tencín, que en su vida ha sentido ninguno.

Acordaron, pues, las monjas que Alejandra se trasladaría á París, en representación del capítulo, que correspondería directamente con la madre abadesa y el consejo, que tendría amplios poderes y recibiría una retribución anual suficiente á conservar la dignidad de su estado, y que todos los años y, cuando mejor le pareciese, regresaría á Neuville para rendir cuentas y recibir nuevas instrucciones. Fuera de esto, la mayor confianza, absoluta libertad y mil halagadores parabienes sobre cuanto esperaban de ella.

Cumplidos sus deseos, la condesa Alejandra todavía esperó para dar expansión á su alegría. Se represó, titubeó, fingió imponerse un gran sacrificio al dejar su amado retiro; en suma, representó tan maravillosamente la comedia, y lloró tanto, que al emprender el viaje no había en Neuville quien no la tuviese por la más desventurada mujer del mundo y no admirase su abnegación por la bienandanza del capítulo.

El séquito que le dieron fué modesto: una sola mujer y un lacayo; ella no quiso más; pero se reservó aumentar más tarde su servidumbre.

En la primera venta donde pasó la noche, Alejandra escribió á su hermano que fuese á París para reunirse á ella; y es que la Tencín conocía el mérito del joven, sabía qué podía esperarse de aquel sacerdote, tan intrigante como ella, si no más, pero de más corazón y más capaz de dejarse influir.

Como Alejandra no hubiese puesto valla á las ne-

cedades de su hermano, éste habría cometido muchas que no ha cometido.

El padre Tencín era guapo mozo; como Alejandra, tenía una seducción y una gracia sin igual. La señora de Feriol no podía comparárseles, ni con mucho, y su otra hermana se parecía más al cardenal y á la canonesa, de la cual se conserva una hermosa frase que más adelante diré, pues ahora no la recuerdo; cuando vea á Argental se la preguntaré.

Tenía el padre Tencín un año más que su hermana, y, al recibir la carta de ésta, apresuróse á satisfacerle el deseo, tanto más cuanto que ella había provisto al viaje, con el dinero del capítulo, se entiende.

Fué para entrambos hermanos una verdadera alegría el verse nuevamente, pues se profesaban un cariño sin par. Lo que primero hicieron fué tomar cuantas disposiciones creyeron del caso, y luego celebraron los dos una de esas conferencias que deciden lo porvenir. Juráronse ayuda, asistencia mutua, confianza ilimitada é indulgencia plenaria. Ni uno ni otro habían ido á París para hacerse canonizar; de antemano sabían que para lograr la fortuna, mayormente cuando se parte de abajo, no hay que reparar en los medios.

El verdadero apellido de los dos hermanos era Guerin; el de Tencín venía de un pequeño fundo, y en cuanto al lustre de la familia, no era grande ni antiguo. Decían que el abuelo era cerrajero, y los más encopetados se remontaban hasta el parlamento de Grenoble, pero no más.

Era, pues, empresa de no poca monta llegar á mucha altura con tales antecedentes y tan mezquina ayuda; pero no se amilanaron, é hicieron bien.

## LIII

La señora de Tencín contrajo al punto excelentes relaciones, primero gracias á las cartas de recomendación de su abadesa, y después por conducto de su hermana, la señora de Feriol, gran amiga del mariscal Uxelles y muy bien relacionada.

Alejandra cayó tan en gracia en París como en Montfleury y en Neuville, y no se hizo allí la escondidiza, al contrario, desplegó todas sus velas para allegarse partidarios. ¡Figúrense Vds. si los tuvo! Joven, hermosa, diestra, aguda, y dispuesta á dar oídos á los galanes, mientras le pluguiesen y pudiesen servirle de algo... ¡Digo!

Su mayor ambición era llegar á la corte; mas no había probabilidades de que lo consiguiese. Las pruebas no podían hacerse; felizmente el capítulo de Neuville no era el de Maubeuge ó el de Remiremont; donde no, todas las intrigas del mundo no la habrían introducido allí. Antes que recibirla las canonesas la hubieran lapidado.

A falta de la corte, ó á lo menos de Versalles, vió á la flor y nata de París. Salvo el rey y los príncipes, recibieronla los personajes más exigentes como á persona de agradabilísimo trato, de lo cual se aprovechó ella sin tardanza.

Alejandra tuvo sucesivamente amantes distinguidos y ricos; pero no les pedía nada para sí, sino para su hermano, á quien procuró varios beneficios y más de dos gratificaciones lucrativas. El cura era aficionadísimo al dinero, ella no. Sobria, sin más afición decidida que por los placeres del amor, la de

Tencín no necesitaba riquezas, y no hizo nada para poseerlas.

Todo pasó así hasta la muerte del difunto rey. Ambos hermanos agarraban cuanto podían, sin coger nada positivo. A la sazón, la condesa Alejandra puso sus miras en el regente, y, tras muchos pasos y sollicitudes, consiguió verlo.

El duque de Orleáns encontró hermosa y agradable á la condesa, y se lo dijo, y pidió la recompensa por el requiebro, y la obtuvo, pero no pasó de aquí desde el primer día. No que ella no cumplierse todas las promesas de su hermosura, sino porque cometió la torpeza de hablarle de los asuntos del Estado, al que Alejandra contaba gobernar con él, en los instantes en que únicamente se habla de amor.

— No me placen las mujeres que me interrogan de esta suerte en mi alcoba — dijo el regente. — Cada y cuando venga la condesa de Tencín, díganle que estoy en el consejo, mal sean las dos de la madrugada.

El duque se expresó en estos términos, créanlo ustedes; pues en casos tales no reparaba en barras, y era largo de lengua.

Aquella intimidad no pasó, pues, más allá, lo cual humilló grandemente á la canonesa, que no se consolaba del fracaso; pero como rabiaba por meterse en los asuntos del gobierno, puso la mira en Dubois, ruin guardiño comido de toda clase de enfermedades é incapaz de servir más que de pretexto al amor.

Dubois fué menos escrupuloso que su amo, y mordió en el anzuelo.

En aquel tiempo circularon de boca en boca muchas especies referentes á la condesa, contra la cual se escribieron sátiras increíbles. No me acuerdo ya de ellas, y en vano las he buscado entre mis papeles.

Aquel comercio tardó algún tiempo en transpirar. La señora de Tencín se hizo osadamente el vehículo de las mercedes, y dirigió la casa del ministro, poniéndose al frente de ella.

Alejandra no se había domiciliado en la casa de Dubois, pero pasaba en ella su vida, y recibía, y despedía á los importunos y acogía á los favoritos. Dubois la dejaba hacer, y si alguien mostraba extrañeza, contestaba:

— Mientras actúa aquí de ama de casa, deja de hacerlo conmigo, y así, y en provecho de los demás, me libro de ella.

Huelga decir que el hermano de Alejandra disfrutó de las primicias de aquellas relaciones: obtuvo una buena abadía, eligieronlo para convertir á Law, de quien recibió una recompensa contante y sonante, más apetecible, según él, que las más halagüeñas promesas. El sistema no lo cogió desprevenido, como lo prueba el que, al día siguiente, convirtió en metálico las acciones que le diera su neófito y se abstuvo de comprar otras.

Dubois nombró al joven sacerdote embajador de Francia en la corte del papa, de quien quería obtener la púrpura cardenalicia, que el señor de Tencín, por su parte, no hubiera desdeñado.

Tencín y el jesuíta Laffiteau salieron juntos para Roma, después de haber sido detenidos, la víspera de la partida, por orden del Parlamento. Al señor de Tencín lo acusaron de simonía por haber escamoteado una abadía para uno de sus sobrinos; pero Dubois atropelló por todo, y, á pesar de la condena de aquél y de la presencia del príncipe de Conti, que reprobó su conducta y la hizo reprobar por los demás, Tencín fué á Roma, y Dubois fué cardenal y primer ministro, y además arzobispo de Cambrai. Lo cual me incitaba á decir á la señora de Tencín

cuando me ~~me~~ molía la paciencia hablándome de las dificultades con que tenía que luchar:

— ¡Qué caramba, señora condesa! parece como que esté V. asombrada de verse amante de un personaje de tantas campanillas, de un arzobispo. Entre personas de la clase y condición de Vds. hay muy poca diferencia.

Porque la verdad es que la Tencín y Dubois pertenecían á la Iglesia, y ambos eran advenedizos.

Dubois murió, y la condesa lo lloró con afectación; pero lo curioso fué oír la oración fúnebre del difunto, hecha por aquélla.

La Tencín, guiñando un ojo y llorando con el otro, decía, hablando de Dubois:

— Murió haciendo la mamola al diablo, que lo esperaba á la puerta y que lo recompensará según sus méritos. Sólo tuvo apego al dinero; ni á sí mismo se quería, temeroso de ceder á uno de sus caprichos con detrimento de su bolsa. Era mendaz, ladrón, perverso, cruel y desalmado; pero tenía tanto talento, que sabía disimular todos esos defectos cuando así convenía á sus intereses.

— ¿Y á V. la quería?

— No, pero yo le pagaba en la misma moneda. Ni él intentó engañarme, ni yo busqué engañarlo.

— ¿Por qué le llora V., pues?

— Porque así los necios creerán que lo echo de menos.

— ¿Cómo, teniendo ambos tan patética convicción, no rompieron Vds. toda clase de relaciones?

— Porque ni él ni yo habíamos hallado con quien aparejarnos mejor. En mí, otra bien instruída lo hubiera abandonado, y en lugar de él, un primer ministro habría buscado una compañera menos perspicaz.

A lo menos la condesa se trataba á sí misma con

un poco más de miramientos que á Dubois, cuya muerte determinó en Alejandra una gran mudanza: volvió á la vida privada, como decía Voltaire, que no la podía resistir.

Continuaba la condesa su vida de galanteos, y la fortuna de su hermano seguía su pendiente; los dos se veían con menos frecuencia, pues él viajaba y ella no se movía de París, único lugar donde le gustaba vivir.

Olvidábaseme decir que la condesa envió á paseo al capítulo, y se procuró un breve del papa, que le permitía vivir en el siglo, breve del cual usó y abusó escandalosamente.

Voy ahora á contar el lance capital de la vida de Alejandra, lance que habría hecho morir de pesadumbre y vergüenza á cualquiera otra mujer; me refiero á la historia del desventurado la Fresnaye, de la que todos hemos sido testigos y en la cual me encontré enredada con verdadero disgusto mío.

Hay que tomar la cosas de un poco más arriba, para alcanzarlas.

El padre Tencín acababa de salir para Roma, como conlavista del cardenal Bussy, cuando la condesa encontró en casa de no recuerdo qué culterano, pues estaba rodeada de ellos, al viejo egoísta Fontenelle, del que aquélla, al empezar á escribir, había hecho su amante, á fin de hallar en él un panegirista.

La condesa, que hacía tiempo no veía á Fontenelle, quedó maravillada del ingenio y de la conversación de éste y lo incitó á que la visitase, como así lo hizo aquél.

Poco á poco tales relaciones fueron modificándose, y degeneraron para ambos en costumbre de conversar, y decir agudezas y chistes; pero uno era necesario al otro. Alejandra, en ausencia de su her-

mano, sólo se encontraba verdaderamente á gusto al lado de Fontenelle; el cual, chanceándose un día con ella, le dijo que él conocía á un hombre de gran corazón, consejero de Estado, que estaba apasionadamente enamorado de ella y se desvivía por ganartearla.

— Y bien, preséntemelo V. — profirió la Tencin, — en los tiempos que corremos, un hombre de corazón es un prodigio; no sentiré verlo, para observarlo detenidamente.

— No carece de bienes de fortuna — continuó Fontenelle, — y pertenece á buena familia; puede V. recibirlo y presentarlo al cardenal.

Dubois aun vivía á la sazón.

El señor de la Fresnaye, el hombre de corazón, cierto día fué presentado y muy bien acogido. Tenía, el tal, poco talento, á lo menos del que brilla; era bastante esbelto, y en sus modales echábase de ver al aristócrata. Sea lo que fuere, algún mérito había de tener la Fresnaye cuando la señora de Tencin, inteligente en la materia, le concedió sus favores durante cuatro años.

No me atrevería á jurar que la Fresnaye disfrutó sin rivales de las mercedes de la condesa, tanto más cuanto que me asisten muchas razones para pensar lo contrario.

Aquellos amores fueron borrascosísimos. La Fresnaye era más celoso que un turco, y amaba tan apasionadamente á su cuya, que en sus rebatos sólo hablaba de acabar con ella, con sus rivales y consigo mismo. Si por acaso encontraba un hombre en la habitación de la condesa, la insultaba groseramente, sobre todo después de la muerte de Dubois, que lo había hecho dueño absoluto de la casa, según él se daba á entender.

En cuanto á mí, siempre tuve por loco á la Fres-

naye; el cual me visitaba con frecuencia, y me aburría por manera indecible contándome por menudo sus pesares. Nunca he podido explicarme que la condesa Alejandra lo soportase tan largamente.

Cierta mañana la Fresnaye estaba en mi casa, y mientras me devanaba yo los sesos buscando cómo deshacerme de él, anunciaron á Argental, que se había detenido en mi tocador. Entonces y aprovechando la ocasión, me levanté para salir al encuentro de mi amigo, á quien hallé acalorado, fuera de sí, en un estado increíble.

Olvidábaseme decir que la puerta había quedado de par en par.

— Señora — exclamó Argental cogiéndome las manos, — ¿ha visto V. á mi tía?

— No — contesté tan admirada de la pregunta como del modo de formularla.

— Ando buscándola por todas partes — prosiguió Argental, — y en ninguna la encuentro, lo cual me tiene azorado. ¡Ah! señora, me es indispensable dar con ella.

— ¿Qué es lo que tanto apremia? ¿Qué tiene V. que comunicarle? ¿Ha ocurrido algo en casa de su señora madre de V.? Parece que está V. muy alegre...

— Mucho. ¡Hase mostrado tan bondadosa y tan amable para conmigo mi tía esta mañana!

— ¿Qué le ha hecho á V., mi buen Argental?

— Voy á decírselo á V., pero á nadie más; necesito decirlo, pena de ahogarme.

Despertáronse en mí de tal suerte el interés y la curiosidad, que se me olvidó que la Fresnaye estaba en mi dormitorio, y me senté junto á Argental y lo interrogué precipitadamente.

El joven me contó, henchido de gozo, que quería entrañablemente á su tía, pero no como un amador, sino como amigo, y que nunca se había atrevido á decir-

selo, porque le imponía de un modo indecible. Con todo eso, aquella mañana, al almorzar con ella, había tenido el valor de hablarle con el corazón en la mano, pedirle consejo y rogarle que fuese para él un guía, una amiga, toda vez que no podía hallar en su madre, dado el carácter de ésta, lo que él buscaba. La señora de Tencin le había contestado con gracia embelesadora, que la halagaba grandemente su petición, que le profesaba profundo cariño, que tomaba á su cargo aconsejarlo en todo y que contaba verlo muy frecuentemente, pues tenía derecho á ello como tía y como amiga.

Argental estaba tan gozoso, que no atinó en dar correctamente á su tía las gracias ni en decir lo que pensaba, y luego, ya serenado, la buscaba en casa de todos sus amigos para demostrarle su gratitud.

Como el caso era inocentísimo, no vi en él nada vituperable

En lo mejor de las expansiones de mi joven amigo, oí cerrar estrepitosamente la puerta de mi dormitorio, y entonces recordé que la Fresnaye estaba allí, y me vinieron á la memoria sus terribles celos.

— ¡Buena la hemos hecho! — exclamé, — vamos á ser causa de alguna desdicha... La Fresnaye lo ha oído todo.

— ¡Válgame Dios! — profirió Argental, — me voy volando á casa de mi tía.

— No, no vaya V. — dije, — el remedio sería peor que la enfermedad. La condesa se basta y se sobra para salir sola del atolladero; es demasiado ingeniosa para temer á ese monigote.

— Bueno, sí — replicó Argental, — pero eso no quita que yo esté inquieto.

— Nada tema V. A la señora de Tencin le bastarán media docena de palabras, algunas amenazas y echar al aire algunas pistolas; luego todo se apagará.

Argental se fué sin demora; sin embargo, no me atrevería á jurar que no estuviese un poco enamorado de su tía, aunque inconscientemente; porque aquél, á la par que frecuentaba el trato de las señoritas y las comediantas, había conservado una rara pureza de sentimientos.

Más adelante supe por Alejandra qué sucedió á causa de aquella conversación y cuán terribles fueron sus consecuencias.

## LIV

Acababa la señora de Tencin de regresar á su casa, cuando el señor de la Fresnaye entró tras ella pálido y tembándole la voz, señales infalibles de tormenta.

Alejandra, hecha ya á tales incidencias, no se aturulló, y preguntó al joven qué le pasaba.

La Fresnaye se dejó caer en una silla de brazos y se quedó, al parecer, sin sentidos.

— ¿Qué le pasa á V.? — repitió la condesa acercándose á la Fresnaye.

— ¿Qué me pasa? — rugió el joven levantándose enfurecido. — ¿Y V. se atreve á preguntármelo?

— Sí, y lo repito y lo repetiré mil veces. O está usted loco ó enfermo.

— No estoy loco ni enfermo, señora, pero sí advertido. Sé quién es V., lo he oído de labios de su cómplice.

— ¿Qué cómplice?

— ¡Cuidado que se necesita desahogo para...! ¿Qué cómplice? ¿Tantos tiene V., que me pregunta cómo se llama?